PROFANACIÓN A LA BIOPOLÍTICA: A PROPÓSITO DE GIORGIO AGAMBEN

The profanation of bio-politics: a recreation of Giorgio Agamben's vision

Hugo César Moreno Hernández

Hugo César Moreno Hernández

Doctorante en Ciencias Sociales de la Universidad Iberoamericana AC; Paseo de la Reforma 880; Lomas de Santa Fe; México DF. Profesor de asignatura en la Universidad Iberoamericana, ciudad de México.

e-mail: hutetes@hotmail.com

Resumen

El presente artículo hace una observación desde la plataforma del concepto *biopoder*, es decir, la cadena saber-poder-saber-poder lanzada como *biopolítica*. Con este fin se utiliza la visión de Giorgio Agamben, quien distingue los lugares de la biopolítica: el estado de excepción, el campo de concentración y la estructura de los grandes Estados totalitarios del siglo XX. De ahí que se asuma la posmodernidad como el momento donde estos lugares suceden sin ser accidentes, sino como la tecnología del poder por antonomasia. Se toma al sujeto con la identificación estrecha entre nación, nacimiento y ciudadanía. Desde una topología jurídica-filosófica el ciudadano es en principio una *ficción* y como tal da sustento a muchas otras ficciones, pensando en los derechos en forma de atribución al *hombre* sólo como ciudadano y la tensión ocasionada por los vacíos jurídicos provocados por la migración y la destrucción de las ciudadanías como fenómeno biopolítico. Lo biopolítico se realiza cuando el cuerpo habla con discursos *verdaderos* y se otorgan derechos sólo mediante el cuerpo y cuando el estado de excepción se convierte en el derecho.

Palabras clave: biopolítica, Agamben, biopoder, campo, ciudadanía

Abstract:

The present article makes an observation from the platform of the concept bio-power, that is to say, power-knowledge-power launched like bio-politics. With this purpose there is the recreation of Giorgio Agamben's vision, who distinguishes the places of the bio-politics: the state of emergency, the concentration camps and the structure of the

big totalitarian States of the 20th century. From there that assumes the postmodern era as the moment where these places happen without being accidents, but as the technology of the power par excellence. It takes to the subject with the narrow identification among nation, birth and citizenship. From a juridical - philosophical place the citizen is at in principle a fiction and as such it gives sustenance to many other fictions, thinking about the rights in the shape of attribution the man only as citizen and the tension caused by the juridical emptiness provoked by the migration and the destruction of the citizenships as phenomenon bio-politics. Bio-politics carries out when the body speaks with real speeches and rights are granted only by means of the body and when the state of emergency turns into the right.

***Keywords**: Agamben, citinzenship,bio-power, bio-politics.*

El vértigo biopolítico de la Posmodernidad (a guisa de introducción)

En *Vigilar y Castigar* Michel Foucault nos presenta la operación de dos tecnologías de poder que delinearon el cuerpo de la sociedad occidental: la disciplina y el panóptico. Éstos, como táctica y estrategia se combinaron para forjar al sujeto moderno, disciplinado, vigilado, vigilante y autovigilado. La pinza se cierra, entre otras cosas, (y entre otros dispositivos y/o líneas férreas de sujeción), con la biopolítica, observada por Foucault en *La voluntad de saber*.

A grandes rasgos, lo biopolítico se encuentra en el casi morboso interés del poder por la vida, así, a secas. La pura vida o la vida pura, la vida como elemento moldeable, la vida como cuerpo dirigido, cuerpo indócil amansado a fuerza de miradas ciegas pero insidiosas, a fuerza de rutinas amorosas (masoquistas) forjando el cuerpo dócil, adecuado, fuerte, sano, inteligente o, por lo menos, suficientemente aplicado sobre aquello para lo que fue creado. Todo esto para ser "usado" en la dimensión productiva de la "vida" humana. Las otras dimensiones se domeñaron, se aletargaron, se reutilizaron (porque nunca se eliminaron). Así, el sujeto moderno es sano, fuerte y sabio para la producción, pero débil para lo político, enfermo volitivo.

Sin embargo, al iniciar el siglo XXI y sentir otros alientos del sujeto, atenazado hoy por la globalización, entendida ésta en su dimensión productivista-mercantilista, nos enfrentamos a nuevos requerimientos, es decir, hay un cambio en la necesidad capitalista. Ya no es tan necesario un cuerpo sano y fuerte lo bastante sabio como para

trabajar adecuadamente, pues los "avances" tecnológicos, fueron relegando la sabiduría rudimentaria del ex-artesano a un puro mecanicismo corporal. Hoy el mundo del trabajo se ha polarizado tan profundamente que se necesitan dos tipos de sujetos: por un lado el sabio-programador y por el otro el sabio-operador, lo que precisa de muy pocos cuerpos, dejando un amplio margen para aquellos que no necesitan saber, ya sea porque están en la distribución de la producción (sector servicios tanto formal como informal) o están en los márgenes del desempleo, en el inframundo de la sujeción, en el olvido, dado que ya no es necesaria su ingreso en las filas del "ejercito de reserva" imaginado por Marx.

La llamada "etapa actual del capitalismo" supone un desgaste de las tecnologías de poder disciplinaria y panóptica y un impulso de las tecnologías biopolíticas. Esto porque, si atendemos la visión de Bauman en cuanto a que hoy se buscan cuerpos-consumidores y no cuerpos-dóciles, el sujeto sano y fuerte no basta para mover la maquinaria capitalista, aunque siga siendo parte fundamental, pero en menor medida, ya que no todos entran al circuito de los turistas globales. La gran mayoría se queda atrapada en el circuito de los vagabundos-locales[1], es decir, en el margen. Entonces, la existencia marginal debe ser controlada, ahí entran las tecnologías biopolíticas, rostros fieros del poder político, que van más allá de la gestión biológica de los Estados, más allá de que "la vida natural empieza a ser incluida […] en los mecanismos y los cálculos del poder estatal y la política se transforma en *bio-política*" (Agamben, 2003: 11). La biopolítica se profundiza mediante las formas del Estado de Excepción y el modelo de Campo (de concentración y/o exterminio), operando la generación de vida nuda o desnuda. Sobre este asunto tratarán las páginas siguientes.

Sin embargo, y queda aquí como apunte, la superación del panóptico por su forma contraria, el sinóptico, como estrategia en la actual sociedad "espectacular" o del "espectáculo" que utiliza la mirada vigilante de todos como mecanismo de control, es un asunto que debe ser tratado (y lo será) en un futuro, pues es también síntoma del desgaste de las tecnologías que, según Foucault, dieron forma a occidente.

Es necesario plantear esto en la medida en que se percibe una etapa de la sociedad capitalista que bien podríamos designar, a falta de un término más feliz, como posmodernidad. Se hace necesario atender esa otra dimensión para poder captar el

[1] Ver Bauman, Z. (1999), *Globalización, consecuencias humanas*. México, FCE.

movimiento vertiginoso de la actualidad social, además de comprender la actividad biopolítica que hoy produce otro tipo de sujetos.

Vaciando al sujeto con la vida

Tratamos de colocarnos, de encontrarnos, de poseer posición, un lugar, un *topos* capaz de descubrir su *nomos* mediante la claridad de la mirada contemporánea. La palabra posmodernidad es topos-logos que muestra, sin aspavientos y con claridad mortífera su nomos. La madre palabra deja surgir al padre ley con la rudeza de un *vaciamiento.* Si atendemos las consideraciones de la teoría luhmaniana y lo que hoy hacemos no es más que una observación de segundo orden sobre la modernidad, entonces no estamos en un topos *post*, sino en un *entretanto*. Empero, *entretanto* ya hubo observaciones sobre la modernidad, críticas y apologías. *Entretanto* los descubrimientos foucaultianos, disciplina y panóptico, que desnudaron el esqueleto frío y duro de la modernidad van sucumbiendo (o, para ser un poco más preciso, desgastándose) para dar paso a viejas estrategias y técnicas del poder que asumen el nuevo rostro. La revisitación, sí, pero con atavíos recientes, con tecnología digital, con nuevos saberes.

Así pues, en este *lugar* hay un supuesto claro: nuestro topos es la posmodernidad, estamos en un *post*. Nuestro *entretanto* es el *post* de la modernidad. El argumento está dirigido desde la plataforma del concepto de *biopoder*, saber-poder-saber-poder encadenados y lanzados como *biopolítica*. Tecnología con tácticas y estrategias *bien* definidas, *bien* desastrosas, *bien* visibles. Cuál es su lugar, su territorio, el momento de su corporeidad, de su *tactilidad*.

Es aquí donde entra el motivo, el *a propósito de…* Giorgio Agamben. Él distingue "Los lugares por excelencia de la biopolítica moderna: el campo de concentración y la estructura de los grandes Estados totalitarios del siglo XX (Agamben, 2003: 13)". Donde la biopolítica se desnudó con descaro en esos lugares terribles, se "desapiado" pues "desnudó" aquello que debería haber cobijado: el ser humano. Esos lugares-accidente, esos pretextos de fábula, esos lugares que nunca debieron suceder pero, por desgracia de muchos, sucedieron. Si bien, en la modernidad fueron accidentes, exabruptos de la economía del poder, una apuesta alta y con poca o nula posibilidad de baza, en la posmodernidad es el momento donde estos lugares

suceden sin ser accidentes, sin ser desmedidos, pues son la tecnología del poder por antonomasia. Son el *topos* que nos retuerce y reforma.

Ahora si "La politización de la nuda vida como tal, constituye el acontecimiento decisivo de la modernidad (Agamben: 13), es decir, si el descubrimiento (no como "desvelamiento", sino como "descobijamiento") de la vida humana mediante la aparición biológica de la ésta, es imprescindible para comprender la modernidad, su uso excesivo como la tecnología de poder en primer nivel es el gesto fundamental de la posmodernidad.

> La política se presenta entonces como la estructura propiamente fundamental de la metafísica occidental, ya que ocupa el umbral en que se cumple la articulación entre el viviente y el logos. La «politización» de la nuda vida es la tarea metafísica por excelencia en la cual se decide acerca de la humanidad del ser vivo hombre, y, al asumir esta tarea, la modernidad no hace otra cosa que declarar su propia fidelidad a la estructura esencial de la tradición metafísica. La pareja categorial fundamental de la política occidental no es la de amigo-enemigo, sino la de nuda vida-existencia política, *zoe-bíos*, exclusión-inclusión. Hay política porque el hombre es el ser vivo que, en el lenguaje, separa la propia nuda vida y la opone a sí mismo, y, al mismo tiempo, se mantiene en relación con ella en una exclusión inclusiva (Ibidem: 18)

O, para decirlo con crudeza, se toma al sujeto y se le desujeta con la biología en la mano, con la definición biótica de la especie, con la raza[2] como diana, con la identificación estrecha entre nación, nacimiento y ciudadanía. Tener al ser y convertirlo en ente. Despojarlo, convertirlo en carne y luego en polvo. Tomar la vida humana y la desnudarla "nuda vida […] la vida *a quien cualquiera puede dar muerte pero que es a la vez insacrificable* del *homo sacer"(Ibidem)*. Materia impresentable.

Poder-saber en acción de exclusión-inclusión ¿Cómo te incluyo si no cabes aquí? Fácil, te despojo de aquello que te podría suponer aceptable, rechazo cualquier cualidad que podría hacerte parte de un censo, de un sistema de seguridad social, de una comunidad política, porque "Nuestra política no conoce hoy ningún otro valor (y, en consecuencia, ningún otro disvalor) que la vida, y hasta que las contradicciones que ello implica no se resuelvan, nazismo y fascismo, que habían hecho de la decisión sobre la nuda vida el criterio político supremo, seguirán siendo desgraciadamente actuales" (Agamben, 2003: 20), vales lo que, paradójicamente, no vales. No tienes sangre de mi

[2] El racismo es justamente lo que va a permitir al biopoder establecer en el *continuum* biológico de la especie humana una serie de cesuras, y volver a establecer de este modo en el sistema de "hacer vivir" el principio de la guerra (Agamben, 2002b: p. 87).

sangre políticamente enriquecida, entonces eres perfecto para el horno, ya sea de maquila, ya sea de campo de verduras, ya sea en el turno nocturno de un tienda departamental, esclavo, sin alma ciudadana, sin nación, un puro nacer para el cañón de carne."La nuda vida queda apresada en tal fractura en la forma de la excepción, es decir de algo que sólo es incluido por medio de una exclusión" (Ibidem: 21).

En un afán de localización tendríamos que asumir algún encadenamiento de acontecimientos históricos en donde la vida nuda apareciera como el objetivo central de la biopolítica. Es decir, más allá del ciudadano.

Ese encadenamiento de acontecimientos se nos aparece como el "accidente" de fascismo y nazismo, donde se adjudica la nación-nacimiento como la única posibilidad para brindar cobijo y se incluye excluyendo la nación bajo el argumento de un nacimiento impensable, inhumano. Se desnuda de *humanidad* para incluirlos y poner en operación el gran aparato del campo de concentración, donde el exterminio no es tal cosa, sino sólo un acto, un gesto, una mueca de disgusto, nada importante, pues ahí sólo hay vida, ahí se incluye aquello que la nación excluye desde el nacimiento. El campo de concentración es la estrategia, el exterminio es la técnica, la prueba irrefutable de que una biopolítica funciona excepcionalmente:

> Una de las tesis de la presente investigación es precisamente que el estado de excepción, como estructura política fundamental, ocupa cada vez más el primer plano en nuestro tiempo y tiende, en último término, a convertirse en la regla. Cuando nuestro tiempo ha tratado de dar una localización visible permanente a eso ilocalizable, el resultado ha sido el campo de concentración. No la cárcel sino el campo de concentración, es, en rigor, el espacio que corresponde a esta estructura originaria del nomos (Agamben, 2003: 32-33)

Pero hay algo por encima, una elaboración del *nomos* que permita al *topos* emparentar sigilosamente en la consecución de una operación imposible: la inclusión-excluyente. El oximoron se realiza con "la excepción ¨[que] es […] una *exclusión inclusiva"* (Agamben, 2003: 35). Volvemos a la cuestión sobre cómo incluir aquello que no cabe (y no cabe porque hay algo, una vestimenta mística o metafísica, una *fuerza de ley*, como lo fórmula Derrida, que no permite su eliminación, pues deja el asunto en un homicidio, en un asesinato de Estado, cosa contraria al *espíritu humano* de dicho *artificio humano,* un despropósito inaceptable, la imposibilidad de la biopolítica) en esto que es la *nación*, en esto que es el *nacimiento-ciudadanía*. En otras palabras ¿cómo te

despojo de ciudadanía? Para esto se requiere la atracción hacia el nomos (el padre-ley, el Estado) aquello que no es suyo, aquello que está en la dimensión contraria: el estado de excepción.

> El estado de excepción es un espacio anómico, en que está en juego una fuerza-de-ley (y que debería, por tanto, escribirse: fuerza-de-~~ley~~). Una tal fuerza-de-~~ley~~, en que la potencia y el acto están radicalmente separados, es ciertamente algo que se asemeja a un elemento místico o, más bien, una *fictio* mediante la cual el derecho trata de incluir en él la anomia (Agamben, 2004: 60).

La acción biopolítica es un "llenado" para vaciar, se desactiva el derecho (los derechos bio-políticos, aquello que *llenó* la vida biológica de política para hacer asequible a lo político) para activar el no-derecho y evitar la infracción al derecho. Es decir, se logra un lugar en donde no pasa nada. Un lugar que no es accidente. Para repetir, se crea en el cuerpo del Estado la capacidad del guiño, del gesto burlón que no ataca al nomos, pues "el estado de excepción no es una dictadura, sino un espacio vacío de derecho, una zona de anomia en que todas las determinaciones jurídicas –y, sobre todo, la distinción misma entre lo público y lo privado- son desactivadas" (Agamben, 2004: 75). Entonces la espada entra libremente, sin tapujos, sin vergüenza, sin asco y sin culpa, como matar a un pollo[3], lo que convierte al Estado (a cualquier Estado) en un matarife y no en un

[3] He aquí un ejemplo de lo que eso significa: "Mi nombre es Virgil Butler. He trabajado en la planta de Tyson en Grannis, Arkansas, desde Julio de 1997 hasta el 12 de Noviembre de 2002. He trabajado en el turno de noche en el departamento de recepción como un colgador de aves vivas así como en la zona de matanza. Uno de los problemas más recientes que he observado era el superintendente del turno de noche, Richard Frasier, apagando la aturdidora y ordenando a los empleados que la dejasen apagada. Esta máquina es el mecanismo que supuestamente aturde a los pollos antes de que sean matados. Apagarla resulta en que los pollos que pasan la máquina de matar sin que les corte el cuello y evadan al matarife que está tras la máquina, terminan siendo escaldados hasta la muerte en el agua del tanque de escaldado. El tanque de escaldado debilita las plumas de forma que puedan ser quitadas. Los pollos se supone que están muertos antes de llegar a este punto.
El porcentaje esperado que la máquina de matar supuestamente debe matar cortando las gargantas era del 86%. En una noche extremadamente precisa ese porcentaje era ajustado. Los pollos restantes evitaban la cuchilla. La mayoría de las noches, el porcentaje descendía hasta algo más de 70%. Algunas noches incluso peor. Yo era responsable de tratar de cortar las gargantas de los pollos que la máquina había fallado en las noches que trabajaba en la zona de matanza. Nuestra línea corría a 182 ganchos por minuto. Es físicamente imposible cogerlos a todos. Por tanto, eran escaldados vivos. Cuanto esto sucedía, el pollo aleteaba, chillaba, pataleaba y sus globos oculares se salían de sus cabezas. Entonces, a menudo salían por el otro lado con los huesos rotos y desfigurados y con partes del cuerpo faltando por lo mucho que habían luchado en el tanque. La mayoría de mis compañeros empleados eran extremadamente crueles con los pollos. Nuestro trabajo era simplemente coger a los pollos de la cinta y colgarles cabeza abajo de los ganchos.
Estábamos extremadamente faltos de personal, debido a las condiciones de trabajo horribles. Esto llevó a un mayor índice de trabajadores sin experiencia y frustrados, trabajadores bajo la presión de mantener los números de producción altos. Si la producción caía, ello podía significar más horas de trabajo, así que el ritmo de trabajo se aceleraba. Esto resultaba en la cinta siendo sobrecargada donde los pollos esperan ser

asesino, pues no comete asesinato, mata en el sentido más estricto de la palabra, pues quien mata es, apenas, un matador (el torero no asesina al toro, simplemente lo mata), nunca un asesino o, peor, un homicida. No se *excluye* de la norma, es la norma, pues ha entrado en un estado de excepción:

> En verdad, el estado de excepción no es ni exterior ni interior al ordenamiento jurídico y el problema de su definición se refiere propiamente a un umbral, o una zona de indiferencia, en que dentro y fuera no se excluyen, sino que se indeterminan. La suspensión de la norma no significa su abolición y la zona de anomia que instaura no está (o, por lo menos, pretende no estar) exenta de relación con el orden jurídico (Agamben, 2004: 39).

El nomos sin topos, estado de excepción, máquina de cuerpos sin vida humana, territorio de la nuda vida, situación sin situación, cuerpo sin mismidad, sin otredad, cosificación brutal, cientificismo extremo, vida sin nomos, pura vida ¡Viva la biología! El saber poder fabricando cobayas humanas, conejillos de indias, condenados a muerte, excluidos de la vida buena-(social) "Precisamente porque al estar privados de casi todos los derechos y expectativas que suelen atribuirse a la existencia humana aunque biológicamente todavía se mantuvieran vivos, se situaban en una zona límite entre la vida y la muerte, lo interior y lo exterior, en la que no eran más que nuda vida" (Agamben, 2003: 201). Con estas palabras Agamben ejemplifica de manera vívida la situación extrema de aquel que ha sido despojado de la *buena vida*, la vida social o, para decirlo con precisión, la vida humana. El condenado a muerte, como el *homo sacer* romano[4] ha sido despojado del cobijo del derecho a existir (o, simplemente, vivir) en la sociedad, pues su *situación* ha sido designada por una acción, un crimen, entonces la ley le sitúa en el estado de excepción individual (creado exclusivamente para él), donde el Estado no se vengará, sino que, simplemente, lo matará. En tal sentido, aunque sus funciones biológicas son aceptables, sus cualidades humanas han sido suspendidas y, por tanto, puede ser *usado* por el saber, convertido en un objetivo de investigación

colgados de los ganchos, lo que hacía que cientos de pollos en una noche se asfixiasen. He oído a Richard Frasier decir «Prefiero asfixiar a unos cientos de malditos pollos que perder el tiempo por los ganchos vacíos»".

[4] El adjetivo *sacer*, es un contrasentido que ya Freud había notado, significaría así tanto "augusto, consagrado a los dioses" como "maldito, excluido de la comunidad" (Agamben, 2005: p.102).
En la expresión *homo sacer*, el adjetivo parece designar a un individuo que, habiendo sido excluido de la comunidad, puede ser matado impunemente, pero no puede ser sacrificado a los dioses (Agamben, 2005: p. 103)

científica, sometido a tratamientos peligrosos de los cuales, seguramente, no sobrevivirá.

¿Qué *magia* hace el sistema jurídico? Ninguna, no es magia, aunque sí una expresión de la ficción ciudadana. Ésta pude disolverse con un gesto, el *legislador* toma la pluma y redacta un artículo y ¡pum! Ahí está la posibilidad de *incluir* a quienes, por excluidos, se pretende eliminar, por tanto "[…] los judíos no fueron exterminados en el transcurso de un delirante y gigantesco holocausto, sino, literalmente, tal como Hitler había anunciado, «como piojos», es decir como nuda vida. La dimensión en que el exterminio tuvo lugar no es la religión ni el derecho, sino la biopolítica" (Agamben, 2003: 147).

Así, el *accidente* moderno de los totalitarismos se convirtió en enseñanza biopolítica para los *gestos* de la posmodernidad. Sencillamente se crea un conducto de extracción de la ficción de soberanía del pueblo hacia el centro de un poder *soberano,* difuso, sí, pero topológicamente accesible, donde topos y nomos se confunden en un cuerpo de cuerpos, en un proyector de decisiones tremendas, porque "cuando ambos tienden a coincidir en una sola persona, cuando el estado de excepción, en el que se unen y se confunden, se convierte en la regla, el sistema jurídico-político se transforma en una máquina letal" (Agamben, 2004: 125), pero, ojo, nunca asesina, pues ahí, en ese *topos* sin *nomos* que pretende ser *nomos*, ni el asco ni la culpa ni la vergüenza operan como límites ¿quién ha sentido asco por aplastar un *piojo*?

Del campo de concentración como accidente moderno a la estructuración biopolítica de la posmodernidad

El estado de excepción como gesto, y no como accidente, es inasible si no genera su estrategia preponderante. Sin laboratorio no hay posibilidad de usar el escalpelo y abrir aquellos sin vida, aquello lleno de *biología*. Así pues, la biopolítica posmoderna ha aprendido, con exhuberancia, a usar el aparato preferido por la biopolítica exacerbada, el campo de concentración y su máxima expresión: Auschwitz.

Particularizando el campo de excepción mediante la nuda vida, cada individuo es un organismo vivo, un lugar sin *nomos*, una oportunidad para extraer algo: exclusión incluyente. Otra vez, se incluye al excluido de ciudadanía mediante el gesto de la biotización de su presencia: «no eres nada, eres todo pura vida. Entonces contigo no

puedo mirar la miseria humana, sólo veo miseria. Te curaré de miseria. Pero, primero veré de qué me sirves». El *campo* se convierte, así, en una cápsula que surge en el momento en que el sujeto es *desujetado* biopolíticamente (atravesar la frontera que me separa de mi nación-nacimiento y me interna en una nación-sin-mi-nacimiento) y se convierte en nuda vida. Vaya, se interna en un estado de excepción que trae consigo su vida biológica. Es cuando nada lo protege, cuando el halo político (así, simplemente político) se evapora para dejar que se precipite el *bíos.*

> Es menester reflexionar sobre el estatuto paradójico del campo de concentración en cuanto espacio de excepción: es una porción de territorio que se sitúa fuera del orden jurídico normal, pero que no por eso es simplemente un espacio exterior. Lo que en él se excluye, es, según el significado etimológico del término excepción, *sacado fuera*, incluido por medio de su propia exclusión. Pero lo que de esta forma queda incorporado sobre todo en el ordenamiento es el estado de excepción mismo. En efecto, en cuanto el estado de excepción es «querido», inaugura un nuevo paradigma jurídico-político, en el que la norma se hace indiscernible de la excepción (Agamben, 2003: 216).

El drama es que no hay *drama*, sino una pura gesticulación. El derecho no se esfuma, los derechos fundamentales de cualquier sujeto, aquello que le *hace* humano, sus derechos humanos, también van con él, pero, sencillamente, se suspenden frente al gesto biopolítico, pues el estado de excepción en el que se introduce le otorga su *cápsula campo* y sucede ese momento indiscernible pero fríamente sensible en que el sujeto se reduce a pura vida, a nuda vida. El sujeto se despoja de sujeción (de otredad) y se convierte en argumento, en cifra, en monigote listo para ser manipulado sin tapujos:

> El campo, al haber sido despojados sus moradores de cualquier condición política y reducidos íntegramente a nuda vida, es también el más absoluto espacio biopolítico que se haya realizado nunca, en el que el poder no tiene frente a él más que la pura vida sin mediación (Agamben, 2003: 217).

Animalidad redescubierta mediante la tecnología del campo, con la economía del estado de excepción. La nuda vida es la operación contraria a una máquina antropomórfica. Es una máquina biológica, porque no animaliza, sino que redescubre la animalidad, el sustento biótico del sujeto, lo cual es el perfecto pretexto para eludir el crimen e inaugurar el nomos anómico. Sí, esto se da en la modernidad, "En la relación entre el hombre y el animal antropóforo, Kojève privilegia el aspecto de la negación y de la muerte, y parece no ver el proceso por el cual, en la modernidad, el hombre (o el estado, para él) comienza en cambio a ocuparse de la propia vida animal, y la vida natural se

convierte, sobre todo, en lo que está en juego en aquello que Foucault llamó el biopoder" (Agamben, 2006: 28). Pero, como se ha argumentado desde el principio, es parte de todo un utillaje de las relaciones de poder donde los sujetos se sujetan más férreamente (disciplina, panóptico, tecnologías del yo, biopoder, etc.), la novedad posmoderna se halla en que *campo* y *estado de excepción* se superponen a cualquier otra tecnología del poder, haciendo del sujeto carne.

> Nuda vida (pueblo) y existencia política (Pueblo), exclusión e inclusión, *zoe* y *bíos*. El «pueblo», pues, lleva ya siempre consigo la fractura biopolítica fundamental. Es lo que no puede ser incluido en el todo del que forma parte y lo que no puede pertenecer al conjunto en el que está ya incluido siempre (Agamben, 2003: p. 226).

Si bien "La ambición suprema del biopoder es producir en un cuerpo humano la separación absoluta del viviente y del hablante, de la *zoe* y el *bíos* del no-hombre y del hombre: la superviviencia" (Agamben, 2002b: 163)", es en la posmodernidad donde lo logra sin conmiseraciones. La inclusión de la vida biológica en los mecanismos del Estado, ya identificado por Foucault como una de las novedades de la modernidad, se puede leer, desde Agamben, como la parte fundamental, la esencia misma, de todas las formas de poder político en la posmodernidad. Lo cual se ve claro en la *extracción* de soberanía de aquello que le había arrebatado al *soberano* (y había desecho al *soberano-uno* para crear al *soberanos-todos*)

Con el pretexto del terrorismo, se regenera la posibilidad del *soberano-uno* con la novedad de crear un estado de excepción mundial, cercano a lo que una *nación* hizo con un hombre, Hitler, otorgándole poderes extraordinarios a un hombrecillo.

> El significado inmediatamente biopolítico del estado de excepción como estructura original en que el derecho incluye en sí al viviente por medio de su propia suspensión se manifiesta con claridad en la *military order* promulgada por el Presidente de los Estados Unidos el 13 de noviembre del 2001, que autoriza la *indefinite detention* y el procesamiento por *military commissions* (que no hay que confundir con los tribunales militares previstos por el derecho de guerra) de los no-ciudadanos sospechosos de estar implicados en actividades terroristas (Agamben, 2004: 12).

Bajo la imagen de Auschwitz se elaboran los nuevos mapas biopolíticos, las estancias mortuorias de la nuda vida, empaquetadas en los *campos* individualizados. Auschwitz redivido es sólo la *fábula* del campo de la muerte. Auschwitz es el *paradigma*, la plataforma de lanzamiento del *topos* experimental donde se descubren y ejercitan los

límites de lo humano, encumbrados en el *límite-cuerpo-biológico*. Por ejemplo, el sistema biopolítico de identificación biológica-ciudadana (fichaje, para decirlo claro, pero corto de miras, pues el aspecto biológico de tal *gesto* supone la integración de una decisión de exclusión inclusiva basada en la relación *nación-nacimiento*) creado por Estados Unidos, con un andamiaje burocrático que "enjaula férreamente" desde el cuerpo *biologizado*, es decir, los límites biopolíticos se expanden y abrazan (abrasando) los resquicios ciudadanos, debilitando o, para ser sanguinarios, *separando a* sangre y genes (literalmente) a los Estados "democráticos" de aquellos otros Estados no tan democráticos o definitivamente no democráticos; es decir, sureños, subdesarrollados, muertos de hambre, *bajeños*, etc., utilizando la táctica del terror como bandera política y hasta ideológica (ideología que permite a la ideología "globalista" mantener a unos sometidos y a otros libres, globales, incorpóreos, mediante argucias legales) para convencer al orbe sobre el uso y abuso de prácticas de control claramente excepcionales e inhumanas, ejecutadas con el fin de permitir la permanencia del género humano. Lo cual hace pensar que lo *humano* no es asignable a todos los cuerpos biológicos. De esta manera, de la mano de Benjamin, Agamben establece que el Estado "puede" tener la capacidad del ejercicio de una violencia ilegitima, es decir, sustraída totalmente del derecho sin cometer crimen (el paradigma del estado de excepción). Así pues, la novedad en las relaciones del poder político en la posmodernidad, se encuentra en la desfachatez de legislar sobre el estado de excepción (el no-derecho) como si fuera posible de aplicarse sobre el ciudadano, pues el ciudadano es *puro* derecho. Para que el gesto surta efecto, el *puro* derecho debe mutar hacia un sujeto *imposible de derecho.* La relación biopolítica, el lazo social del biopoder, llega al absurdo cuando entre los ciudadanos y el Estado las identidades no se fundamentan en el derecho, sino en la integración del *nacer-nación-ciudadanía.* La posmodernidad se descubre como una *época* en que la vida biológica se convierte en vehículo para la asignación de derechos o, más precisamente, en gesto que desujeta y convierte al ser humano en puro cuerpo, vida nuda, *homo sacer.*

La constitución del ciudadano nación y el ciudadano SIN nación, la ciudadanía desnuda.

Cómo pensar al voto sin el ciudadano. Esa es una díada indisociable, una necesidad política de tipo nutrimental para pensar la política desde una palestra democrática. Lejos de la vieja reflexión filosófica de Carl Schmitt, donde la guerra es el punto crucial donde aparece lo realmente político, vale decir lo políticamente concreto.

La política pasa, forzosamente, por el visor de la contienda democrática. Obsérvese que hablamos de contienda, lo que refiere a lucha, a enfrentamiento, a una especie de guerra saturada de legislación que debe ser cumplida si se pretende alcanzar cierto grado de legitimidad.

La política actual es la *guerra* entre fuerzas, ocasionalmente llamadas Partidos Políticos. El ciudadano aparece, de manera espectral, quiero decir, de manera conceptual y, por lo tanto, visible, en el momento en que es apremiado por los tiempos para asistir a votar y definir a favor de quien se decide la contienda. Guerra despolitizada, donde las municiones son los votos, ni siquiera los ciudadanos.

Entonces, cómo pensar la política sin el ciudadano. Es más, cómo pensar la política emprendida desde el ambiente democrático, ambiente que exige determinadas cualidades por parte de los participantes, sin ciudadano.

¿Existe siquiera el ciudadano? ¿Qué es el ciudadano? Desde una topología jurídica-filosófica: el ciudadano es en principio una *ficción* y como tal da sustento a muchas otras ficciones, "la ficción implícita en este punto es que el *nacimiento* se hace inmediatamente *nación*, de un modo que impide que pueda existir separación alguna entre los dos momentos. Así pues los derechos se atribuyen al *hombre* sólo en la medida en que éste es el presupuesto que se disipa inmediatamente, del ciudadano" (Agamben, 2001: 26): Desde las consideraciones liberales, cuando la disputa era sobre la soberanía, lo importante era transferir en un punto neurálgico tanta soberanía como fuera posible a la unidad biótica mejor conocida como hombre. Hombre que para dejar el estatus de ente biológico debía cumplir con ciertas características para ser ciudadano (propiedades, en el sentido de pertenencias, conocimientos, etc.) y despojar al Rey de la soberanía, pues ésta era *propiedad* del pueblo-ciudadanizado, propiedad no sólo en el sentido de pertenencia sino también de atribuciones inherentes.

La soberanía es del pueblo. Por eso es que el pueblo debe gobernarse a sí mismo. Por eso la forma de gobierno que se conjuga divinamente con el hombre-ciudadano es, sin lugar a dudas, la democracia. Pero ¿qué es el pueblo? Primero es indispensable hacer

la distinción entre Pueblo y pueblo, pues el concepto *pueblo* contiene en sí una bipolaridad que lo hace inasible. Como conjunto político, como aglomeración irreducible de todos los ciudadanos el Pueblo es el dueño de la soberanía, es el soberano. Sin embargo, existe el pueblo, toda esa masa excluida que poco o nada tiene que ver con la toma de decisiones. Bodino, el teórico de la soberanía, distingue los extremos Pueblo y pueblo. El Pueblo, constituido por los ciudadanos es quien debe gobernar al pueblo. La problemática de bipolaridad tal se presta para hacer de la ficción ciudadano la esencia de la ficción democracia. Si bien, como dijera Lincoln "el gobierno del pueblo por el pueblo para el pueblo" sugiere el más elevado punto de la democracia, lleva implícita la exclusión del pueblo asumido como la masa de seres humanos excluidos y otorga la soberanía al Pueblo, los ciudadanos gobernantes.

Ahora bien, si la ficción política de ciudadano brinda legitimidad a la ficción política de la democracia, entendida ésta desde su etimología como el gobierno del pueblo, podríamos concluir que la democracia es la más alta legitimación de la dominación política de unos pocos sobre grandes extensiones populares que al ser ciudadanizadas son parte del Pueblo.

La política, como espacio esencial de la lucha por el poder, está sustentada en estas ficciones. Ficciones que dan forma y sustancia a la modernidad. Ficciones que no se "invalidan" en la posmodernidad, sino que, muy al contrario, fungen como la malcarada de lo "realmente" táctico de la política devenida en biopolítica: "[…] una tendencia anómica que desemboca en el estado de excepción o en la idea del soberano como ley viviente, en que una fuerza-de-~~-ley~~ privada de norma actúa como pura inclusión de la vida" (Agamben, 2004: 107)

La ficción fundamentada del derecho proveedor de ciudadanía retuerce el gesto y se convierte en una máquina extractora de ciudadanía. De manera *mística-legal* crea espacios vacíos de ley, pura fuerza, un puro exprimir el cuerpo para eliminar cualquier cualidad ciudadana, tendiendo como elemento central la vida, así "La *policía* se hace ahora *política* y el cuidado de la vida coincide con la lucha contra el enemigo (Agamben, 2003: 186)".

Agamben a propósito de Gattaca

El sueño biopolítico (o pesadilla) se realizará cuando el cuerpo hable con discursos *verdaderos*, discursos sin dudas, sin rodeos. Cuando el cuerpo hable y otorgue derechos y sólo mediante el cuerpo se otorguen derechos. El sueño biopolítico alcanzó, en la modernidad, mediante un "accidente", una claridad brutal con el nazismo. Ahí, en ese *topos* sin *nomos*, el estado de excepción era el derecho:

> El totalitarismo moderno puede ser definido […]como la instauración, por medio del estado de excepción, de una guerra civil legal, que permite la eliminación física no sólo de los adversarios políticos, sino de categorías enteras de ciudadanos que por cualquier razón no sean integrables en el sistema político (Agamben, 2004: 11).

La cinematografía tiene un subgénero, del cual la literatura también es parte, incluso mucho antes del cinematógrafo, donde se exploran las posibilidades de la *carne* como elemento central de la política: la distopía. En particular, la película *Gattaca* centra sus esfuerzos de dibujo distópico en la exhuberancia de la biopolítica (como Huxley lo hace en *Un mundo feliz*). A grandes rasgos, en *Gattaca* se presenta una sociedad dividida entre dos *especies* de seres humanos: los válidos (personas creadas directamente por la manipulación genética, y de esa manera eliminada de todo error posible en su estructura biológica) y los inválidos (aquellos gestados en situaciones "normales", mediante la cópula no intervenida). Se juega con la idea de "normalidad", ejemplificando primorosamente cómo lo "normal" es cambiante, pues en esa distopía lo "normal", lo "válido" se genera a través de la ingeniería genética, separando aún más lo humano de lo natural.

El personaje central, Vincent, nace sin nación, el análisis biopolítico de una gota de sangre, aquel que le predice el destino, no sólo de su *vida*, sino también de su lugar político le define unos *derechos*.

Para no hacer el cuento largo, en el filme, además, se juega con el tema de la *identidad.* El *válido* Jerome Morrow, incapacitado (montado en una silla de ruedas), mediante la manipulación de un nuevo tipo de *mafioso* le transfiere su identidad a Vincent, así como sacar algún documento apócrifo con una transformación corporal se transfiere la identidad. Los cuidados de Vincent para no ser descubiertos tienen que ver con una extrema vigilancia sobre su cuerpo, aquello que lo podría *identificar* como él y no como su identidad. La identidad se juega en el campo de las partículas corporales.

El filme, como distopía, explora una situación extrema. Sin embargo, en la posmodernidad *Gattaca* no nos queda tan lejos. Óscar Ayala Cornejo, un ser humano cuya *nación-nacimiento* es México fue llevado a Milwaukee. A los quince años decidió ser policía. "Quería cambiar mi vecindario, cambiar el vecindario de otras personas, para que pudieran sentirse seguras[5]". Su deseo estaría frustrado debido a ser "ilegal" (estado de excepción, al igual que un inválido haciéndose pasar por un válido en la distopía *Gattaca*). Para eludir su situación debía volver a solicitar la ciudadanía.

Óscar era un inválido. Y al igual que Vincent, para lograr su objetivo, debería asumir otra identidad que ocultara su cuerpo (ese *nacimiento sin nación y sin ciudadanía*): Así lo hizo. Asumió la identidad de José Morales, hijo de una prima de su padre, quien "nació cinco meses después que Ayala Cornejo en el estado de Illinois y falleció de cáncer estomacal cuando tenía siete años, A los 16 años se cortó el cabello, reemplazó sus anteojos por lentes de contacto y se colocó aparatos de ortodoncia. En público, llamaba a sus padres tío y tía, y a sus hermanos, primos."[6], como si se siguiera el guión de *Gattaca* y *como si* la vida *real* no tuviera suficiente imaginación, al igual que Vincent, Óscar pudo conseguir su sueño laboral. A finales de 2004 se graduó como agente de policía. Ahí empieza el giró dramático, lo que hace peliculesca la nota de diario que nos sirve como pre-texto, con-texto y texto del sino posmoderno (la biopolítica, por supuesto), de forma parecida que en *Gattaca*, "un informante anónimo llamó a Russel Dykema, agente especial de la Oficina de Inmigración y Aduanas, para decirle que José Morales era en realidad Óscar Ayala Cornejo, un inmigrante indocumentado", es decir, un inválido, un cuerpo vacío de derechos que había usurpado la identidad de un válido para convertirse en policía ¡qué monstruosidad! Un cuerpo vacío realizando labores exclusivas de un cuerpo saturado de ciudadanía. El argumento cinematográfico… perdón, la nota del periódico hace notar que "Dykema pasó más de dos meses comparando información en las bases de datos de inmigración y documentos escolares", es decir, en el archivo biopolítico que permitiría descubrir el ADN de Óscar… perdón, otro *lapsus*… quiero decir, la verdadera identidad. Aquella vacía de ciudadanía.

[5] 'Poli' indocumentado que hacía cumplir la ley. El Universal, Lunes 26 de noviembre de 2007.
[6] Ibíd.

Aquí sucede el desfase, pues en *Gattaca* prima el *happy ending,* mientras que en nuestra historia Óscar "fue arrestado el 31 de mayo y trasladado a una academia de entrenamiento y luego a la oficina de inmigración, donde le colocaron grilletes y esposas. Allí, Dykema y otro agente le explicaron lo que sabían […] fue acusado de falsa identidad para ser un ciudadano"[7] pecado mortal. "Podría ser condenado a un año de prisión o a libertad condicional […] Después que salga de prisión, será deportado para siempre"[8], es decir, exiliado del paraíso.

La ficción ciudadana recuerda un halo místico, algo que cobija *sacramentalmente*. La ciudadanía es consagrada por la vinculación excluyente entre *nación* y *nacimiento*. Bajo este juego, el pecado mortal de Óscar fue asumir una identidad consagrada, es decir, la identidad de un *ciudadano*. Así, el indocumentado es nuda vida y la identidad-José es cosa sagrada. El acto de Óscar *profanó* eso *sagrado*. Y si consagrar (sacrare) era el término que designaba la salida de las cosas de la esfera del derecho humano, profanar significaba por el contrario restituirlos al libre uso de los hombres (Agamben, 2005: 97)

Nos hallamos entonces en un juego de "humanidades" biopolitizado mediante la separación entre Pueblo y pueblo. Óscar es profano, es pueblo, es carne, es cuerpo vacío de ciudadanía, nuda vida. La identidad le confiere sacralidad, es decir, le hace superar su situación de *humano-nuda-vida*, para convertirlo, mediante la "ilegalidad", en un *humano-ciudadano.* La ilegalidad profana, restituye el uso de la ciudadanía para el uso meramente *humano-nuda-vida.* El gesto biopolítico despolitiza la acción policial que juzga como pecado mortal el acto de Óscar.

> Hasta la pura y simple deposición de todas las tareas históricas (reducidas a simples funciones de policía interior o internacional) en nombre del triunfo de la economía, asume hoy a menudo un énfasis en que la misma vida natural y su bienestar parecen presentarse como la última tarea histórica de la humanidad, si se admitiera que tiene sentido hablar aquí de una "tarea".
> Las potencias históricas tradicionales –poesía, religión, filosofía- que, tanto en la perspectiva de Hegel-Kojève como en la de Heidegger, mantenían despierto el destino histórico-político de los pueblos, han sido transformadas desde hace tiempo en espectáculos culturales y en experiencias privadas y han perdido toda eficacia histórica. Frente a este eclipse, la única tarea que todavía parece conservar alguna seriedad es el tomar a cargo y realizar la "gestión integral" de la vida biológica, es decir de la propia animalidad del hombre. Genoma, economía global, ideología humanitaria son las tres caras solidarias de este proceso en el que la humanidad posthistórica parece asumir su fisiología como último e impolítico mandato (Agamben, 2006: 141).

[7] Ibíd.
[8] Ibíd.

La biopolítica despolitiza porque la ilegalidad, asumida como profanación, se instala en el centro de lo biológico y no en la cuestión volitiva (el deseo de Óscar por ayudar a su comunidad siendo policía), despojando de cualquier cualidad al sujeto desujetándolo mediante la negación de ciudadanía. Óscar, y Vincent de *Gattaca*, más que pecar, profana lo sagrado, pues no es *homo sapiens*, sino *homo sacer*, esto en el sentido de que está fuera del halo místico que le otorgaría protección mediante el derecho. Se interna en un estado de excepción que, en el caso de Vincent podría y en el caso de Óscar de hecho lo hace, se activa y los coloca en el *campo (de concentración y/o exterminio) particular del sujeto desujetado mediante la fuerza-de-~~ley~~*. Así, Óscar es *purificado*, es descubierto como nuda vida, como *homo sacer*:

> Y "puro" era el lugar que había sido desligado de su destinación a los dioses de los muertos, y por lo tanto ya no era más "ni sagrado, ni santo, ni religioso, liberado de todos los nombres de este género". Pura profana, libre de los nombres sagrados es la cosa restituida al uso común de los hombres. (Agamben, 2005: 97)

El sentido *místico* de la ciudadanía se refuerza, o de hecho es ahí donde radica, de donde surge o como surge, ante la separación entre ciudadano y no-ciudadano, pues, como señala Agamben "No sólo no hay religión sin separación, sino que toda separación contiene o conserva en sí un núcleo auténticamente religioso" (Agamben, 2005: 98)". El ciudadano es santo, el no-ciudadano es una especie inferior de humano. Una forma sin fondo, un cuerpo vivo sin vida buena. Óscar ejemplifica cómo el cuerpo puede servir como tajo que separa lo sacro-ciudadano de lo profano-no-ciudadano, y a partir de ahí surge la *religión* posmoderna (una raya más al tigre de la religión capitalista).

> El término *religio* no deriva, según una etimología tan insípida como inexacta, de *religare* (lo que liga y une lo humano y lo divino), sino de *relegere*, que indica la actitud de escrúpulo y de atención que debe imprimirse a las relaciones con los dioses, a la inquieta vacilación (el "releer") ante las formas –las fórmulas. Que es preciso observar para respetar la separación entre lo sagrado y lo profano. *Religio* no es lo que une a los hombres y a los dioses, sino lo que vela para mantenerlos separados, distintos unos de otros. A la religión no se oponen, por lo tanto, la incredulidad y la indiferencia respecto de lo divino sino la "negligencia", es decir una actitud libre y "distraída" –esto es, desligada de la *religio* de las normas- frente a las cosas y a su uso, a las formas de la separación y a su sentido. Profanar significa abrir la posibilidad de una forma especial de negligencia, que ignora la separación o, sobre todo, hace de ella un uso particular (Agamben, 2005: p. 99).

Disección biopolítica realizada mediante el escalpelo de la frontera política que separa al cuerpo *humanidad* en un sinfín de individuos desujetados hasta el momento de ser sujetos de derechos. Óscar es llevado, trasladado como vil fardo sobre la espalda de sus padres que huyeron de la nación que les daba ciudadanía, rechazando su *sacralidad* prefiriendo la buena vida biótica y rechazando la buena vida social. Para qué vivir ciudadanamente si el hambre acecha y de nuda vida el hambre mengua. El traspaso de la frontera se constituye en acto que profana la sacralidad de la ciudadanía que no les cobija. Ellos llevaron la ciudadanía mexicana, jamás la soltaron. Incluso la ley mexicana les permite portar la ciudadanía allá donde vayan[9] (la ciudadanía se porta como *nacionalidad*), pero esta ciudadanía no juega en las bolsas de valores, no es sagrada para la religión del capitalismo salvo que se encuentre en el mercado de mano de obra barata, porque ahí, en el territorio nacional, donde hay ciudadanía, el ciudadano tiene derecho al trabajo y hay una ley labora fácil de burlar o porque en búsqueda de una ventaja comparativa las naciones despojan un poquito a sus ciudadanos de derechos. Pero aún así son sujetos de derechos. La situación de indocumentados, de ilegales, implica desujetarse del derecho y convertirse en nuda vida, trabajo esclavo. El trabajo se incluye excluyendo..

Ahora bien, el traslado ilegal hacia una nación que no es nacimiento no es un acto profanador, sino una separación que efectúa un sacramento: la vida nuda del indocumentado es *sagrada,* es *sacrifica.*

> Allí donde el sacrificio señalaba el paso de lo profano a lo sagrado y de lo sagrado a lo profano, ahora hay un único, multiforme, incesante proceso de separación, que inviste a cada cosa, cada lugar, cada actividad humana para dividirla de sí misma y que es completamente indiferente a la cesura sacro/profano, divino/humano. En su forma extrema, la religión capitalista realiza la pura forma de la separación, sin que haya nada que separar. (Agamben, 2005: pp. 106-107).

Óscar no profanó al ser llevado a cuestas. Muy al contrario, fue *sacrificado.* Fue su volición de ser policía a pesar de no ser cuerpo apto lo que permitió que profanara.

Profanación a la biopolítica (a guisa de conclusión)

[9] México hizo modificaciones jurídicas de tal forma que, a partir de marzo de 1998 quien adquiera otra nacionalidad no pierde la mexicana. El 20 de marzo de 1998 entró en vigor esta reforma que hace permanente la nacionalidad mexicana. Esto significa que aún cuando un mexicano por nacimiento adopte otra nacionalidad, conservará la nacionalidad mexicana.

Tanto Óscar como Vincent son profanadores, cada uno en su dimensión y a su modo, pero ambos en un ambiente biopolítico.

> Pero esto significa que profanar se ha vuelto imposible (o, al menos, exige procedimientos especiales). Si profanar significa devolver al uso común lo que fue separado en la esfera de lo sagrado, la religión capitalista en su fase extrema apunta a la creación de un absolutamente improfanable (Agamben, 2005: 107).

El "procedimiento especial" fue restituir al uso profano la ciudadanía, la validez, la capacidad de acceder a los derechos negados por su nacimiento. Fueron *separados*, *secularizados*. Pero no efectuaron acto político al nacer, sino al acceder por fuera del derecho, utilizando volitivamente el estado de excepción particularizado.

> La secularización es una forma de remoción que deja intactas las fuerzas, limitándose a desplazarlas de un lugar a otro. Así, la secularización política de conceptos teológicos (la trascendencia de Dios como paradigma del poder soberano) no hace otra cosa que trasladar la monarquía celeste en monarquía terrenal, pero deja intacto el poder. La profanación implica, en cambio, una neutralización de aquello que profana. Una vez profanado, lo que era indisponible y separado pierde su aura y es restituido al uso. Ambas son operaciones políticas: pero la primera tiene que ver con el ejercicio del poder, garantizándolo mediante la referencia a un modelo sagrado; la segunda, desactiva los dispositivos del poder y restituye al uso común los espacios que el poder había confiscado. (Agamben, 2005: p. 102)

Óscar y Vincent profanan. Lo hacen redireccionando el estado de excepción particularizado convirtiéndolo en un juguete, en un peligroso juguete, pero juguete al fin. Juguete y juego: la identidad, una identidad que está constituida por una forma de nacer. El primero nació fuera, el segundo nació todavía más al exterior. Dicho *nacimiento* los colocó en su lugar desde el mismo momento en que vieron luz. En ese momento surgió el estado de excepción y su campo exclusivo para poder ser incluidos en un ambiente político. El acto profanador de ambos aparece cuando utilizan su posición para excluirse de la ley, para burlarse de la ley, para convertirse en excepción. La identidad que confiere una ciudadanía como un derecho es *sacada* de su ámbito sagrado para ser utilizada por profanos, por no-ciudadanos, por vida nuda revestida mediante el engaño, ahí está también la actitud profanadora, pues la ficción torna engaño y se hace válida en la medida que la argucia no es descubierta.

> Es posible, sin embargo, que lo Improfanable, sobre lo cual se funda la religión capitalista, no sea verdaderamente tal, que se den todavía hoy formas eficaces de profanación […] Su operación –como muestra con claridad el ejemplo de juego- es más astuta y compleja, y no se limita a abolir la forma de la separación, para reencontrar, más acá o más allá de ella, un uso incontaminado. También en la naturaleza se dan profanaciones. El gato que juega con el ovillo como si fuera un ratón –exactamente como el niño juega con antiguos símbolos religiosos o con objetos que pertenecieron a la esfera económica- usa conscientemente en el vacío los comportamientos propios de la actividad predatoria (o, en el caso del niño, del culto religioso o del mundo del trabajo). Estos no son borrados, sino que, gracias a la sustitución del ratón por el ovillo, o del objeto sagrado por el juguete, son desactivados y, de este modo, se los abre a un nuevo, posible uso (Agamben, 2005: 111).

La situación de indocumentado de Óscar no fue "borrada". Ni siquiera fue ocultada, pues la misma palabra "indocumentado" supone ilegalidad y, por tanto, clandestinidad. Vaya, no andaba por ahí denunciándose. Tampoco la identidad usurpada lo ocultó. Muy al contrario, lo mostró como algo que no era pero era y se afirmaba. Un juego astuto y peligroso, una profanación a aquello improfanable: *nacimiento-nación-ciudadanía.*

> El juego con el ovillo es la liberación del ratón de su ser presa y de la actividad predatoria de su necesario estar orientada a la captura y la muerte del ratón: y, sin embargo, pone en escena los mismos comportamientos que definían la caza. La actividad resultante deviene, así, un medio puro, es decir una praxis que, aun manteniendo tenazmente su naturaleza de medio, se ha emancipado de su relación con un fin, ha olvidado alegremente su objetivo y ahora puede exhibirse como tal, como medio sin fin. La creación de un nuevo uso es, así, posible para el hombre solamente desactivando un viejo uso, volviéndolo inoperante (Agamben, 2005: 112).

Ahora bien, el juego de la identidad no desactiva la totalidad del sistema biopolítico. Sin embargo, sí le otorga un nuevo uso a la identidad desechada, aquella que tendría que ir a los archivos y no deambular con la vitalidad de los *únicamente vivos*. Óscar y Vincent retoman unas identidades que ya no funcionaban correctamente en los cuerpos que cobijaban (uno muerto el otro discapacitado). Dichas identidades rodaban en el espacio social sin uso alguno, pues éste ya había sido finiquitado. En su situación de excepción ambos tuvieron la posibilidad de darle un nuevo uso a dichas identidades. La burla es total. Sin embargo, aun cuando desactivaron el estado de excepción y su campo particularizado al revestir su *nuda vida* con las identidades usurpadas, sólo lo hicieron a su mínima escala: el cuerpo.

> Ya que profanar no significa simplemente abolir y eliminar las separaciones, sino aprender a hacer de ellas un nuevo uso, a jugar con ellas. La sociedad sin clases no es una sociedad que ha abolido y perdido toda memoria de las diferencias de clase, sino una sociedad en que ha sabido desactivar los dispositivos para hacer posible un nuevo uso, para transformarlos en medios puros (Agamben, 2005: 113).

Los nuevos usos preludian nuevas formas sociales (valdría decir: nuevas épocas). La profanación de la identidad desactiva –dejando activas todas sus facultades- la operación biopolítica. En ese sentido, el *sistema* sigue funcionando, pero algo cambia en él.

Es algo así (le descubrimiento de nuevos usos de lo biopolítico) lo que nos permite la astucia de pensar en una posmodernidad y no en un entretanto de una modernidad *tardía* (y la tardanza es ya una *diferenzia* que promueve una distinción de época). Pero, en cuestión de *sociedad*, lo que sucedió no fue el descubrimiento de nuevos usos, sino el reuso de viejas formas (la vida pura, la nuda vida) y su sacralización.

Bibliografía:

Agamben, G. (2004), *Estado de excepción, Homo sacer II, 1*. Valencia, Edit. Pre-Textos.

- (2003), *Homo sacer, El poder soberano y la nuda vida.* Valencia, Edit. Pre-Textos.
- (2006), *Lo abierto. El hombre y el animal.* Buenos Aires, Edit. Adriana Hidalgo.
- (2002), *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo, Homo sacer III.* Valencia, Edit. Pre-Textos.
- (2001), *Medios sin fin. Notas sobre la política.* Valencia, Edit. Pre-Textos.
- (2005), *Profanaciones.* Buenos Aires, Edit. Adriana Hidalgo.

Bauman, Z. (1999), *Globalización, consecuencias humanas.* México, Edit. FCE..

Artículo de periódico:
"'Poli' indocumentado que hacía cumplir la ley". El Universal, Lunes 26 de noviembre de 2007.

Película:
Gattaca. Dirección Andrew Niccol, Guión Andrew Niccol. Reparto: Ethan Hawke, Uma Thurman, Jude Law. Estados Unidos, 1997, 101 min. Columbia Pictures